

LAS BATALLAS POR LA ISLA DE CUBA, «LLAVE DEL NUEVO MUNDO Y ANTEMURAL DE LAS YNDIAS OCCIDENTALES»

por JUAN MANUEL ZAPATERO
Capitán y Doctor en Historia, del Servicio Histórico Militar
Correspondiente de la Academia de la Historia, República Argentina

«... es el Centro donde an de acudir todas las Armadas y Flotas de las Yndias, con toda la riqueza que va dellas á España» (1).

CONSIDERACIONES A LA POSICIÓN ESTRATÉGICA DE CUBA EN LA CONTIENDA DEL CARIBE

La isla de Cuba (2), está situada en el cruce de los dos mares mediterráneos de la América Central: el del Golfo o Seno de Méjico y el Mar de las Antillas. Constituye el punto de convergencia de las comunicaciones marítimas de las tres Américas, y por eso tuvo desde las primeras fases de la descubierta y conquista de las Indias Occidentales, una gran importancia su enclave geopolítico, determinante de las grandes empresas de los españoles.

Por su privilegiada situación en el sector más importante del gran «arco antillano», resultó ser el lugar de concentración para pasar a las tierras continentales y punto de reunión de las naves que regresaban a la Metrópoli, partiendo de los puertos «llaves» de los virrei-

(1) «Escrito del Yngeniero Bautista Antonelli. Panamá 11 de julio de 1595». (Arch. General de Indias, Sevilla; ref. Panamá, 44).

(2) Descubierta por Colón el día 28 de octubre de 1492, dióle el nombre de «Isla Juana», en honor del Príncipe D. Juan, heredero de los Reyes Católicos. (Según López de Gómara, Francisco: *Historia General de las Indias*. «Hispania Victrix», Zaragoza, 1552; edic. por Calpe, Madrid, Viajes Clásicos.

natos: Cartagena de Indias, Portobelo, Veracruz; de los surgideros yucatecos o de las Audiencias de Guatemala —Omoa y San Juan de Nicaragua—, sin olvidar los puertos de las restantes islas de las Antillas. En Cuba y en su puerto de La Habana, se reunían las preciadas naves en flotas comerciales protegidas por las Armadas, para emprender la ruta del Atlántico (3), en cuyas latitudes esperaban casi siempre las embarcaciones piratas, tan temidas por sus violentos golpes. Era la doble aventura que deparaba a los hombres de España en Ultramar.

De aquí, que Cuba tuviera un valor primordial en el sistema orgánico del Imperio, significación ya vislumbrada en las primeras décadas del siglo xvi por los gobernadores de la Corona, que hicieron recaer sobre esta isla, la actividad señera que se había iniciado depositar en Santo Domingo. Cuba pasó a ser el centro político y comercial, escala del incansable tráfico marítimo entre los puertos de España y los de las nuevas tierras abiertas a su semilla. Así se establece la primera ciudad de San Cristóbal de La Habana, en la costa meridional de la isla, en el año 1514, para facilitar la expansión y conquista de Tierra Firme, poco después trasladada al litoral del Norte para que sirviera de escala en la ruta de Nueva España y facilitar el descubrimiento de la Florida (4).

Cuba y su puerto principal de La Habana se convirtieron en la base más importante del Caribe; su comercio y la facilidad de su hermosa bahía auguraban extraordinario porvenir —actualmente el puerto de La Habana es uno de los primeros del mundo, escala del tránsito natural de todos los buques que hacen la navegación entre América del Norte y del Sur, portillo del Golfo de Méjico, del que constituye su adelantado geográfico, con sus pasos o canales de Florida y Yucatán—.

A La Habana se le denominó «Llave del Nuevo Mundo y antemural de las Yndias Occidentales», simbolismo que ha pasado a su escudo ciudadano y al de la propia nación. Su fama del mejor puerto de las Indias y la estratégica posición para el dominio de aquellos mares, cruzó el Atlántico y penetró en las esferas políticas de las naciones europeas, en su mayoría rivales de la Monarquía es-

(3) VELÁZQUEZ, M. DEL C.: *El estado de Guerra en Nueva España 1760-1808*. Méjico, 1950; cit. pág. 19.

(4) ANGULO IÑIGUEZ, DIEGO: *Bautista Antonelli. Las Fortificaciones Americanas del siglo xvi*. Madrid, 1942; cit. pág. 44.

pañola. Y el eco lo recogieron los aventureros del mar, quienes aferrados al timón de sus naves corsarias o filibusteras emprendieron las derrotas rumbo al corazón de aquellos dominios. El mar del Caribe, que en el siglo XVI sirvió de punto de apoyo a las conquistas del continente, se convierte en el XVII en escenario de las disputas más o menos desorganizadas, para llegar al XVIII con agresiones metódicas e impronta de batallas perfectamente estudiadas, que reclaman la atención del historiador, pues su significado político y militar es enorme (5).

En el mar Caribe, disputado tenazmente por Inglaterra, los puertos y las ciudades que España construye o levanta se vieron sometidos a los duros ataques, y a la indecisa suerte de las batallas. Algunas de estas ciudades e islas se perdieron con las agresiones, pero la mayoría permanecieron ligadas a la unidad de los dominios, llenando las páginas de su historia con los hermosos ejemplos de heroicas resistencias.

En el siglo XVI, el puerto de La Habana, «centro donde acuden todas las Armadas y Flotas de las Yndias con toda la riqueza que va dellas á España» (6); depósito de riquezas que no tardó en convertirse en objetivo preferente de los piratas. A mediados de aquel siglo todavía permanecía indefensa, como plaza abierta a cualquier aventurero que se atreviera a penetrar sin grandes riesgos. No hubo pues de transcurrir mucho tiempo sin que se registrase el primer ataque. Fue en el año 1538, cuando La Habana es saqueada por piratas franceses, ultrajando sus iglesias e imágenes (7) y fue librada de perecer en incendio merced al rescate módico, por cierto, de 700 pesos con el que se contentaron (8). De estas fechas arranca el primer gesto previsor, y es levantado al año siguiente 1539, el fuerte de La Fuerza Vieja (9), que sería destruí-

(5) RODRÍGUEZ CASADO, VICENTE: (Cit. del prólogo a la obra: *Jamaica Española*, de MORALES PADRÓN, F. Public. de la Esc. de Est. Hispano-Americanos, Sevilla, 1952, núm. Gen. LXXVII, serie segunda; pág. XVI.

(6) «Escrito del Yngeniero Bautista Antonelli...»; v. ref. (1).

(7) Merece penosa mención el ultraje hecho a la imagen de San Pedro, colgada del dintel de una puerta y blanco de los frutos que le arrojaron (cit. de ANGULO IÑIGUEZ, D. Obr. cit. ref. (4) cit. pág. 46).

(8) COROLEU, JOSÉ: *América*. Barcelona, 1895; cit. tomo III, pág. 84.

(9) Por Real Cédula de 21 de marzo 1538, se ordenaba la construcción de una Fortaleza en La Habana, encargando los trabajos a Hernando de Soto, a quien facilitaron tres mil pesos. Se trata por tanto de una fortificación anterior al de La Fuerza Vieja. «Recopilación documental de D. Benito León y Canales, hecha

do por un nuevo ataque pirata acaecido en 1555, para ser vuelto a reedificar en 1558, en el mismo lugar que todavía hoy se conserva.

En tiempos de la gobernación de don Diego Mazariegos (1565-1566), dan comienzo nuevos trabajos de fortificación, que continuará don Pedro Menéndez de Avilés (1568-1571), segundo Adelantado de Florida y primer estratega del Caribe, y a quien se deben los planes defensivos del Canal de las Bahamas. A partir de Menéndez de Avilés y hasta 1593, con la gobernación de don Juan de Tejeda, se perciben sendos trabajos en los sistemas defensivos de La Habana y demás plazas importantes del Caribe, entre ellas la de San Juan de Puerto Rico, isla emparejada en la centinela de aquel mar. Su avance se percibe en los expedientes y reconocimientos de los capitanes generales de la Armada (10). Siendo gobernador Tejeda, llega a las Antillas para levantar fortificaciones de un admirable sistema, el célebre ingeniero Antonelli. A la defensa de La Habana, Santo Domingo y Puerto Rico se añadirían las de Portobelo y Cartagena de Indias, es decir un «grandioso proyecto de defensa de todos los puertos del Mar Caribe, cuya ejecución se confiaba al ingeniero Bautista Antonelli, en unión del Maestre de Campo Juan de Tejeda (11).

Pero estos proyectos y grandes trabajos, que señalan las primeras preocupaciones estratégicas por el dominio del Caribe —que no escaparon al previsor juicio político de Felipe II—, no detuvieron al incansable Drake, que en 1586 ataca La Habana, intentando saquearla como lo había hecho con Santo Domingo, pero fracasó y sus naves siguieron durante años amenazando la suerte de la ciudad. Ello obligó a levantar los fuertes del Morro y la Punta.

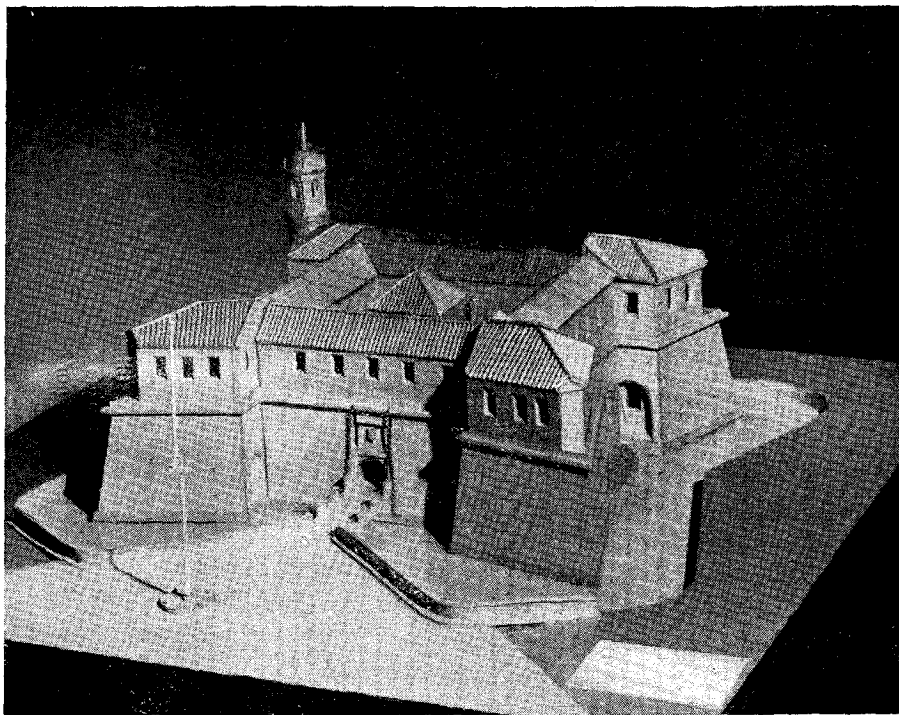
La erección del fuerte en el Morro, era a juicio de Antonelli de principalísima importancia, por su posición de dominio sobre la ciudad y el puerto. Otra tanta se le concedía al fuerte de la Punta, con el que se podría evitar los desembarcos en la playa de Cojimar (12).

en el Arch. Gen. de Indias, Sevilla» (Arch. Docum. Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 2-3-5-6).

(10) En 1580, visitó La Habana e inspeccionó sus fortificaciones el Capitán General de la Armada, D. Bartolomé Villavicencio; su informe revela el estado del castillo de La Fuerza. (Recopilación documental, cit. en ref. ant. y documento: 2-3-1-2.)

(11) MARCO DORTA, ENRIQUE: *Cartagena de Indias, la Ciudad y sus monumentos*. Public. de la Esc. de Est. Hispano-Americanos. N.º General LV. Serie 2.ª, núm. 20. Sevilla, 1951; págs. 38-39.

(12) ANGULO IÑIGUEZ, D.: Obr. cit. v. ref. (4); cit. en pág. 49 (Documentado con la «Relación de lo que convendría tener en el Morro de La Habana, hecha



EL CASTILLO DE LA FUERZA, EN LA HABANA

Maqueta del estado actual del primer fuerte levantado por los españoles en Cuba. Ordenada su fábrica por Real Cédula de 21 marzo 1538, se edificó en 1539 con traza de planta cuadrada, y artillado con el famoso cañón de 47 quintales denominado «El Salvaje». En 1555 fue destruido por los piratas, para ser reedificado en 1558 bajo la dirección del Ingeniero D. Bartolomé Sánchez. El monarca Felipe II, envió el escudo de piedra de las Armas Reales que todavía luce; y en 1587, el gobernador de Cuba D. Juan de Tejeda amplió su obra, según los proyectos de Bautista Antonelli. En el estado que hoy se conserva, solamente la parte inferior —bajo el cordón— comprendidas: caras, flancos y cortinas corresponden al siglo XVI. Las edificaciones que aparecen por encima del citado cordón, son las obras practicadas en el XVIII y principios del XIX.

(Fotografía cedida por D. GUILLERMO DE ZÉNDEGUI, LA HABANA)



Medalla conmemorativa, acuñada en honor de los gloriosos héroes del castillo del Morro, capitanes de navío don Luis de Velasco y don Vicente González, muertos en la defensa de La Habana contra los ataques del almirante Pocockt y general Albermarle, cuyos poderosos efectivos terminaron por conquistar la isla de Cuba.

Con estas obras, La Habana podría ser el puerto seguro de las Antillas y la capital de la isla. Felipe II no tardó en reconocerlo —Real Cédula de 20 de diciembre 1592—, mandando el escudo de las armas reales para la nueva capital, consistente en tres torres de plata en campo azul (13) que recordaban sus fortificaciones: La Fuerza, el Morro y la Punta, y una llave que significaba lo era del comercio del Mundo (14). También proyectó Antonelli un plan defensivo para la bahía, consistente en cerrarla por medio de cadenas, trazando un plano que figura reproducido en la importante obra del señor Angulo Iñiguez.

Por el sur de Cuba, y casi al mismo tiempo que Drake amagaba a La Habana, los corsarios franceses se apoderaron de Santiago, aunque momentáneamente, pues fueron vencidos por la fuerte y patriótica reacción de los vecinos de Bayamo, que causándoles grandes daños les obligaron a reembarcar.

En el siglo XVII, las dos ciudades importantes de Cuba: La Habana y Santiago, marcaban un índice de riqueza y prosperidad. A la explotación de la caña de azúcar se sumó la de los minerales, especialmente el cobre. Esta valoración económica, unida a la militar, redundó en la constitución de la primera capitania general, en el año de 1607.

Pero en esta centuria, los bucaneros y filibusteros acudieron sobre las Antillas, atraídos por las noticias desproporcionadas de sus riquezas. Procedían principalmente de la isla Tortuga, y entre los que se hicieron tristemente célebres por su sangrienta crueldad, destaca el feroz Francisco L'Olonais, que en 1667 asoló la población de San Juan de los Reyes, pasando a cuchillo a los indefensos habitantes. Al año siguiente, Enrique Morgan, antes de acudir a Portobelo, Chagres y Panamá, asaltó puerto Príncipe, ciudad que pagó su libertad mediante crecido rescate.

por Antonelli, el 1 de noviembre de 1591» (Arch. Gen. de Indias, Sevilla; ref. Patronato 177. Docum. public. por Ceán Bermúdez; LLAGUNO, *Noticia de Arquitectos*, Madrid, 1820; cit. tomo 111, pág. 255).

(13) COROLEU, J.: Obr. cit. v. ref. (8); cit. pág. 85, tomo 111.

(14) ANGULO IÑIGUEZ, D.: Obr. cit. v. ref. (4); cit. pág. 53.

LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS BÉLICOS DEL SIGLO XVIII

Los más importantes acontecimientos militares en los que Cuba va a ser principal escenario, corresponden a la centuria del XVIII, siglo de la guerra anglo-española, factible de dividir en cuatro señalados periodos:

- a) Guerra de Sucesión de España.
- b) Guerra del «Asiento».
- c) Guerras por el III Pacto de Familia.
- d) Guerra por la Alianza Franco-Hispana de 1796.

En los tres primeros, Cuba se verá duramente comprometida; solamente en el último permanecerá relativamente tranquila, aunque la discordia en el Caribe, la tenga amenazada como principal y estratégica plaza. Pero verá pasar las escuadras inglesas del almirante Harvey, rumbo a la «llave» meridional del «Caño de la Ymbernada» —Trinidad—, y de la no menos importantísima «llave del Caribe» —Puerto Rico—.

a) *Guerra de Sucesión de España (1702-1714):*

Durante este período la isla de Cuba acusará las vicisitudes propias de la grave situación política europea. Inglaterra, aliada de la causa del Archiduque de Austria contra Felipe V —reconocido como monarca de España y sus Indias en Cuba, por el gobernador don Diego de Córdoba (1695-1702)—, considera motivo suficiente para ordenar que sus flotas ataquen las posesiones españolas. Desde Jamaica atacan a Trinidad y saquean sus indefensos poblados; la escuadra del almirante sir Bembow ensayó una expedición sobre San Agustín de la Florida, pero fue vencida por la francesa que mandaba el que en otro tiempo fuera temido filibustero Ducasse, y a quien Felipe V premió sus servicios con el Collar del Toisón de Oro, con gran disgusto de la nobleza (15). El 20 de junio de 1703, siendo gobernador militar don Luis Chacón —en el político lo era D. Luis Chirino Vandevall—, aparecieron frente a La Habana las poderosas forma-

(15) ALCÁZAR MOLINA, C.: *Los Virreinos en el siglo XVIII*. Barcelona-Buenos Aires, 1945; cit pág. 154.

ciones, conducidas por los almirantes Walker y Orsidon. El gobernador Chacón, comandante del castillo del Morro tomó eficaces medidas, que amedrantaron a los ingleses y rehusaron el combate.

En 1716, gobernando don Vicente Raja (1716-1717), los navíos piratas de Enrique Jennings se aproximaron a la punta del Cañaveral, lugar donde se estaba procediendo a la extracción de una fortuna perdida con el hundimiento de unas embarcaciones mercantes. Jennings se apoderó de 350.000 pesos y en su retirada hacia Jamaica todavía apresó una nave procedente de Portobelo, cargada de mercaderías y con 3.000 pesos oro, que pasaron a poder de los ingleses. Uno de los navíos de Jennings, el mandado por Carpenter, tuvo la osadía de penetrar en la bahía de La Habana y atacar por sorpresa su puerto, pero fué apresado y poco después, ajusticiado en la capital. Este ataque pirata realizado después de la firma de Utrecht es una consecuencia directa de la discordia por la Guerra de la Sucesión, ya que estas flotas piratas no reconocían los tratados de paz.

b) *Guerra del «Asiento».*

Durante la Guerra del «Asiento», declarada por la nación británica el 23 de octubre de 1739, y que se prolongó por la denominada: de la Pragmática, hasta el año 1748, constituye una fase importante en la guerra del Caribe. La isla de Cuba fue pronto señalada como principal objetivo por el Parlamento y almirantazgo inglés. El día 4 de agosto de 1739, salía de Portsmouth, la escuadra del almirante Vernon para apoderarse de las principales «llaves del Imperio Español en las Indias». Acudiendo en primer lugar a las señaladas en el «Arco de Ulises» o cordón antillano.

Vernon atacó a La Habana en los meses de septiembre a noviembre del citado año, cuando era gobernador y capitán general, el mariscal de campo don Juan Francisco Güemes de Horcasitas (1734-1746). Sumaban los efectivos ingleses cincuenta y siete navíos de guerra, que con rapidez ensayaron el bloqueo del puerto para impedir cualquier auxilio. El día 17 de septiembre «como á las diez del día se descubrieron en la Costa de Barlovento dos navíos el uno de sesenta cañones y el otro de veinte, y habiendo dado caza a diferentes barcos españoles del tráfico de la costa, disparándoles con bala, la mencionada fragata dió fondo con bandera ynglesa delante del Puesto de Bacoranao, situado dos leguas á barlovento, y

empezó a batirlo» (16). Así comenzó un asedio que se prolongaría hasta el 16 de noviembre «en que se separaron de nuestras Costas». Durante el sitio, los ingleses apresaron numerosas balandras y goletas que acudían a La Habana con cargamentos de añil y sal. Los cortos desembarcos que efectuaran, sirvieron para hacerles prisioneros que facilitaron los datos importantes, efectivos y nombres de los oficiales (17). El «Diario» del ingeniero Arredondo es un reflejo del admirable celo desplegado por el gobernador Güemes de Horcasitas, que acudió a todas las partes donde se presumía el asalto, y del patriotismo de las sufridas guarniciones de Cojimar, Matanzas, y castillos del Morro, La Punta, etc., enfervorizados por la ardiente arenga dada por Güemes, que comenzaba así: «Por la honra de Dios, del Rey nuestro Señor, y de la Patria...» (18).

Dos años después volvieron los ingleses sobre Cuba. Fue en ju-

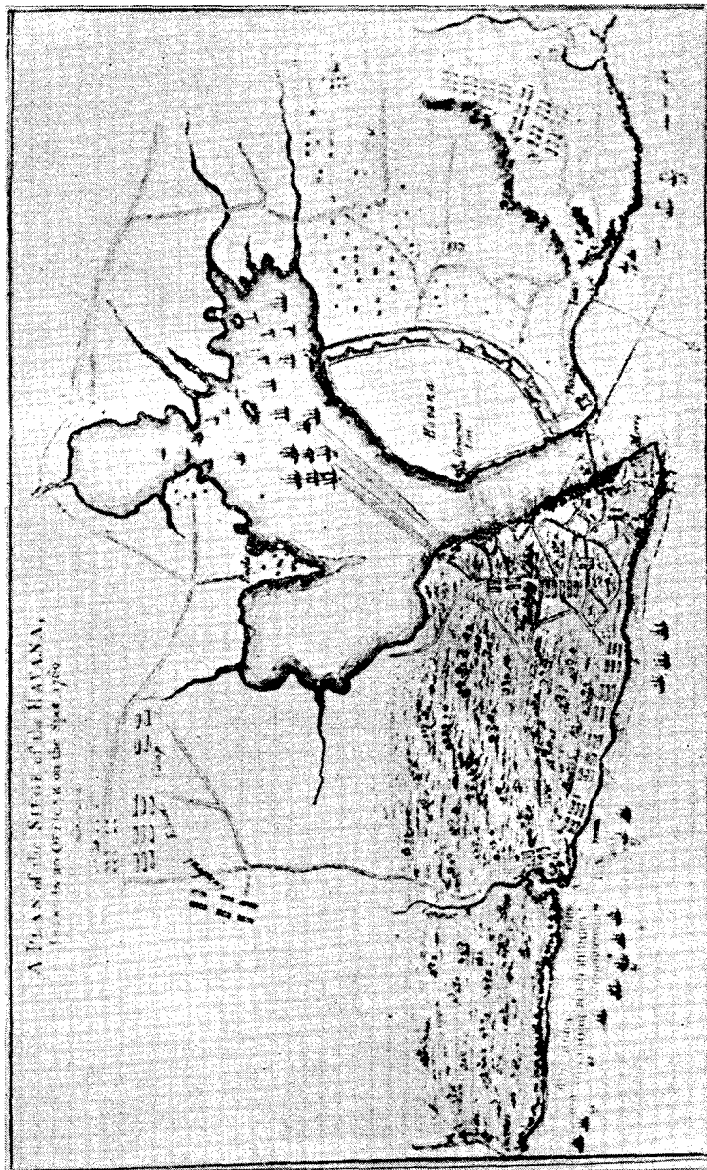
(16) «Diario llevado por el Yngeniero Militar D. Antonio Arredondo desde el día 17 de septiembre de 1739 hasta el 16 de noviembre del mismo año, que estuvo bloqueado aquel Puerto por una Escuadra Ynglesa; dirigido a demostrar las disposiciones de Defensa, que en dicho tiempo determinó el Gobernador de La Habana, Capitán General de toda la Ysla D. Fran.^{co} Fernandez Güemes de Horcasitas». (Docum. copiado del Arch. Gen. de Indias, Sevilla por Benito León y Canales, el 26 de mayo de 1852. Arch. docum. Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 2-3-6-1).

(17) Los prisioneros cogidos en Bahía Honda, declararon que ellos formaban parte de la dotación de seis navíos del mando del capitán Brown, que habían salido de Jamaica el día 12 de agosto —1739—, rumbo a Cuba, según órdenes que habían recibido en Londres, y que formaban aquella flota, las siguientes unidades, mandos y dotación:

Nombres de los Cap. ^s	Nombres de los Nav. ^s	Porte	G. ^{te}
Gefe D. C. Brown	Hamptoucorert	70 c. ^s	480
Bartley	Windsort	60 »	320
Doglas	Palmouth	50 »	250
Knight	Torrington	40 »	240
Nowels	Diamante	40 »	240
Biscain	Thoran	20 »	120

(Según cit. docum. ref. ant. hojas 14 a 16).

(18) «Diario llevado por el Yngeniero Militar D. Antonio Arredondo...»; (docum. cit. ref. (16); cit. hoja 82).



«A PLAN of the SIEGE of the HAVANA, Drawn by an OFFICER on the Spot, 1762».

El grabado refleja los iniciales movimientos del mes de junio, en el Sitio de La Habana por los ingleses. El ejército de Elliot ha conquistado Guanabacoa, se ha perdido el Fuerte de la Cabaña —sobre el que disparan los navíos de la esquadra—, las tierras inmediatas a la bahía están ya en poder de Albermarle, y el Castillo del Morro va a rubricar la gloriosa resistencia que inmortalizaría a los capitanes de navío Velasco y González.



EL CAPITÁN DE NAVÍO D. LUIS DE VELASCO

Comandante del Castillo del Morro de La Habana, gloriosa figura de una de las más heroicas defensas que registran los Fuertes de Ultramar. Ante su Castillo, escasamente defendidos por cuatrocientos hombres, se estrellaron los duros ataques del ejército inglés que conducía el general Albermale, y resistió el Sitio que por mar y tierra le presentó el almirante Pocokt, desde el día 13 de junio hasta el 30 de julio de 1762.

El comodoro Keppel que conquistaría finalmente las gloriosas ruinas del Morro, abrazó al capitán Velasco cuando gravísimo yacía en una de las bóvedas del Castillo, dando órdenes para la defensa y nombrando entre los que habian de relevarle en el mando a «aquel que no tema la muerte y sepa que el primer honor, es la defensa de la bandera de la Patria». Keppel, permitió fuese trasladado a hombros de sus destrozados soldados, a La Habana todavía sin rendirse, donde sería enterrado al siguiente día. El monarca Carlos III, por cuyo honor murió, dispuso que para enaltecer su memoria se diese su nombre —imperecederamente— a un navío de la escuadra.

lio de 1741, cuando saqueado Portobelo y fracasados en Cartagena de Indias —ataques de 13 de marzo a 20 de mayo—, intentan asegurar la palanca oriental de la gran tenaza, del formidable proyecto de cortar los dominios por Panamá. Esta vez consiguieron poner pie en tierra, se apoderaron de Guantánamo, y bajo un sol implacable se dirigen hacia Santiago. Las fuerzas del coronel don Francisco Cagigal de la Vega, gobernador de Santiago, y de don Carlos Riva Agüero, salieron al paso de los invasores, a los que atacaron con dureza, repitiéndose el fracaso de 1739. La isla de Cuba había vuelto a salvarse.

En 1748, la escuadra conducida por el almirante Knowles repetía el ataque sobre Santiago de Cuba, defendida por el brigadir don Alonso de Arcos Moreno. De nuevo son rechazados los ingleses después de sostener un gran combate naval, con la escuadra española mandada por el eximio marino Regio, y con él, Spínola, Varela, y Forestal. Fue de trascendencia el duelo entre los navíos «Africa» y «Cornwailles», que obligó a Knowles a suspender el combate; había sufrido más de cuatrocientas bajas —por trescientos los españoles—. La suspensión de los combates coincidió críticamente con la llegada al Caribe de noticias de Europa: la paz de Aquisgrán. El almirante Knowles, sin pérdida de tiempo puso a su escuadra rumbo a Inglaterra, llevando castigados a sus capitanes Holmes, Innes y Clarke, a los que inculparía de impericia, causantes de la derrota (19).

c) *En las guerras por el III Pacto de Familia (1762-1763 y 1779-1783)*

Catorce años después de ser firmada la Paz de Aquisgrán, España, que se había comprometido con la firma del Pacto de Familia —15 de agosto de 1761— ligando su suerte a la de Francia, se veía envuelta en la gran contienda europea y de enorme repercusión en América, verdadero escenario de una sórdida y violentísima disputa, puesta de manifiesto con la declaración del Pacto. La nueva guerra reaviva en Londres los viejos pero inolvidables proyectos del corte y conquistas de los dominios de la Corona española en Centroamérica, en los que la isla de Cuba era, otra vez, el objetivo primordial.

La guerra tenía para Francia la esencial cuestión de la defensa de sus territorios en el Canadá, que le disputa Inglaterra. No será éste el principal motivo de la disputa —como supone Coroleu—, quien

(19) ALCÁZAR MOLINA, C.: Obr. cit. v. ref. (16); cit. págs. 170-171.

llega a considerar que la participación de España en la nueva guerra, fue una torpe decisión del monarca Carlos III (20). Ello nos llevaría a un error de perspectiva, acertadamente denunciado por Rodríguez Casado (21). La Corona tuvo que entrar en la contienda para librar no sólo su suerte en Europa, sino la propia conservación de los dominios de Ultramar —una rápida visión por los litorales centroamericanos y los relatos de las disputas que registra la historia de las gobernaciones— han de ser suficientes para admitir la penosa decisión de la declaración de una guerra.

Los planes de nuevos ataques en América, fueron sin duda magistralmente concebidos por el Gobierno británico. Con hábil sentido de la estrategia política y militar, Inglaterra hizo públicas manifestaciones de la necesidad de ocupar la isla de Santo Domingo (22), pretendiendo con tal motivo, que los gobernadores españoles movilizasen sus efectivos mejor preparados y pasasen a defender la citada isla; la propia «Gaceta» de Londres se dedicó a difundir los preparativos contra Santo Domingo (23).

El monarca Jorge III, designó al teniente general conde de Albermarle, jefe supremo de los ejércitos de desembarco, y al almirante Pocotk, comandante de la poderosa flota. El día 5 de marzo de 1762, salta la escuadra inglesa de más de sesenta buques de guerra de puerto de Spithcad, rumbo a las Antillas. En plena travesía fue sorprendida por grandes temporales, que les obligan a separarse; el día 20 de abril se reunían en la isla Barbada los efectivos disgregados, donde ya los esperaba el almirante en jefe, con su navío el «Namur». Las otras naves habían conquistado de paso la isla Martinica. Pocotk organizó con brevedad la formación definitiva de la poderosa armada, que ahora contaba con setenta y cuatro buques de guerra, que sumados a los de transporte, componían más de doscientas embarcaciones, en las que iba un poderoso ejército de veintidós mil hombres, con una dotación de 2.292 cañones de todos los calibres.

La sensacional flota se concentró en aguas de la Martinica, considerándose segura dueña del Caribe, y preciándose de las seguras victorias que esta vez no podrían escapar.

(20) COROLEU, J.: Obr. cit. v. ref. (8); cit. pág. 88, tomo 111.

(21) RODRÍGUEZ CASADO, V.: Obr. cit. v. ref. (5).

(22) ALCÁZAR MOLINA, C.: Obr. cit. v. ref. (15); cit. pág. 173.

(23) Números de «The London Gazette Extraordinary» (Arch. Gen. de Simancas, Valladolid; legajo 6.951. Años 1759-1761).

El día 6 de mayo, salían de Cas. de Navieres —Martinica— enderezando al Canal de las Bahamas, y salvando con inaudita imprudencia los innumerables cayos —empresa de por sí arriesgada, y mucho más si se tienen en cuenta los considerables efectivos—, viéndose obligados a encender fuego durante la noche para salvar los escollos de tan peligrosos pasos. Fue un tiempo crítico que se prolongó cerca de un mes, salvado por la favorable estación y la falta de vigilancia de las escuadras españolas, sorprendidas de la efectividad del paso de la gran flota inglesa por la ruta más difícil e incomprensible. El ataque durante la travesía por los cayos, hubiera deparado el más sensacional combate naval de toda la guerra del Caribe y con seguridad, evitado a la ciudad de La Habana el penoso castigo que le esperaba.

A primeros de junio, la escuadra enemiga ya hacía acto de presencia en los litorales de Cuba, el día 5 frente a Matanzas, y el 6, el comandante del Torreón de Cojimar daba el primer parte de ser avistada su presencia:

«El 6 de junio, al ser de día, notició D.ⁿ Gabriel Cubrieta, Teniente de Ynfan.^a y Comandante del Torreón de Cojimar, y la Caleta, descubrirse sobre aquella Costa á barlovento una Armada que pasaba de 200 balas...» (24).

El gobernador y capifán general D. Juan de Prado Portocarreiro (1760-1763), tomó las primeras providencias. Pasó al castillo del Morro, desde cuya fortaleza su comandante don Mateo Saravia le habla igualmente dado cuenta de la aparición de «una gruesa Esquadra q.^o en la confusión de sus rumbos no se distingue el num.^o de ella...» (25). La ciudad se conmovió, pero el gobernador creyendo se trataba de la flota que anualmente regresaba desde Jamaica a Europa, mandó fuesen dados bandos que la tranquilizasen, y dictó órdenes para que las fuerzas de la guarnición volviesen a los cuarteles, «persuadido p.^r las vigias y otros q.^o le acompañaban, ser

(24) «Relación de la acción de la Esquadra de S. M. B. mandada p.^r el Almirante d.ⁿ Jorge Pocotk, y operaciones del Exército mandado p.^r el Excmo S.^{or} Conde de Albermarle, Teniente Gral. y Comandant.^o en Gefe de la Expedición hecha contra la Ciudad de la Habana, y disposiciones q.^o esta tomó para su defensa desde el 6 de junio, hasta su rendición en 12 de agosto del año 1762». (Arch. Docum. Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 4-1-1-7).

(25) Idem, ref. anterior.

flotilla, fundados sin más razón que la costumb.^o Anual de presentarse ante este Puerto para desembarcar...» (26).

El comandante de la escuadra, Gutiérrez de Evía, desengañó al gobernador Prado Portocarrero de las intenciones de aquella escuadra, dadas las maniobras que ejecutaban los navíos de gran porte. Fue a partir de este aviso, cuando las fuerzas españolas se dispusieron efectivamente para la defensa. El coronel don Carlos Caro, que mandaba el regimiento de Edimburgo, pasó a la villa de Guanabacoa, reforzado con las milicias, para sostener el litoral entre Bacuranao y Cojimar.

Mientras tanto, la escuadra inglesa se aproximaba lenta pero segura hacia La Habana, y a prudencial distancia se dividió en tres secciones, presintiéndose un claro señalamiento de objetivos:

- 1.^o Bacuranao.
- 2.^o Cojimar.
- 3.^o La Habana.

A las siete de la tarde, en la Real Fuerza, la Junta de defensa, presidida por el gobernador, y de la que formaban parte el teniente general conde de Superunda, el mariscal de campo don Diego Tavares y el ministro de Marina don Lorenzo Montalvo, intentó resolver con providencias confusas, desordenadas y hasta carentes de sentido, la gravísima situación.

El desembarco inglés era inminente, y no se produjo en aquel día, porque lo impidió la fuerte marejada. Pero al siguiente: «El día 7, a las 10 de la mañana, los buques q.^o se dirigían hacia Bacuranao conseguían poner pie en tierra...» (27); apoderándose del Torreón, mientras los cañones de la escuadra batían el terreno hacia Cojimar conocido por los «Guayacares», preparatorio de nuevos desembarcos. A las dos de la tarde se apoderaban del pueblo de Cojimar. Y el día 8, ya marchaban en columna hacia la villa de Guanabacoa:

«...eran 12.000 hombres de Tropa arreglada, y 4 mil Gas-tadores. Nun.^o sumam.^o excesivo para ser contenido p.^r 400 que comandaba d.^a Carlos Caro» (28).

(26) Idem, cit. folio 4.

(27) Idem, ref. anterior.

(28) Idem. folios 9 y 10.

El ataque sobre La Habana era inmediato. El día 9 fue crucial; los castillos de la Cabaña y del Morro se reforzaron con todas las fuerzas disponibles; en el primero, se instalaron dos baterías de tierra y fagina «en la una cuatro cañones y en la otra tres del Calibre de á 12», mandadas por el capitán de navío don Luis de Velasco —futuro héroe de la defensa—. Por desgracia, y como resultado de las primeras medidas adoptadas por la Junta de defensa, tan pronto como la primera brigada enemiga, mandada por Elliot conquistó Guanabacoa, se echaron a pique los mejores navíos de la escuadra española, antes de que corrieran el riesgo de ser aprehendidos por estas fuerzas ya en el interior, o se perdía toda posibilidad de réplica:

«La entrada de los Enemigos en Guanabacoa inspiró en en los animos de los Gefes que se hallaban, y mandavan en la Plaza la procedente desconfianza de q.^o al día siguiente atacaria la Esquadra Enemiga los Castillos del Morro, y Punta, y trataria de forzar su entrada; y p.^a precaver este lance, y quitar este escrupulo se exharon á pique los tres navíos de g.^{ra}. El Nectuno, Europa y Asia, y cerraron el Puerto con una Cadena de Cables, y tozas. (El forzar el Puerto no es conseguible en tod.^a tiemp.^a, y mui difícil su execucion)» (29).

Al navío «Aguiles», de 70 cañones, —salvado del sacrificio—, se le asignó como objetivo batir «la Campaña baja de la Cabaña p.^r la q.^o se juzgaba devia pasar el Enemigo» (30). Pero los británicos burlaron esta vigilancia, y el fuerte de la Cabaña tuvo que ser precipitadamente abandonado por sus defensores, después de clavar o echar al agua los cañones de las baterías de refuerzo, subidos con dificultades por los soldados de la Marina, y por trescientos negros esclavos que había en la Plaza (31).

Así quedaba expedito el camino a la ciudad; sin navíos, con una guarnición de por sí reducida —unos 2.780 hombres (32)—, y además seriamente afectada por la fiebre amarilla, la suerte no podía ser otra que la derrota.

El general Albermarle y el almirante Pocotk, con quince mil hombres, se apoderan de ambas riberas de la bahía. Tomado el Torreón

(29) Idem, folio 11.

(30) Idem, idem.

(31) COROLEU, J.: Obr. cit. v. ref. (8); cit. pág. 90 tomo 111.

(32) ALCÁZAR MOLINA, C.: Obr. cit. v. ref. (15); cit. pág. 176.

de la Chorrera y dueños de la Cabaña, se van a dirigir hacia la ciudad; quedaba el castillo del Morro desafiando con enorme valor la manifiesta superioridad del enemigo. La ciudad se dispone a ejecutar una desesperada defensa; se mandó salir a los ancianos, mujeres y niños; se cerraron las bocacalles y se prepararon con urgencia varias «Compañía.^a de Milicias con gentes del campo, estudiantes y Morenos, Tropa verdaderam.^{te} rustica é inexperta para defender tan importante ventajoso puesto» (33).

Comenzó el sitio por La Habana. Albermarle, desde sus posiciones conquistadas, iniciaba el duro castigo artillero, especialmente desde las baterías instaladas en la Cabaña y Loma de San Lázaro, que batían la canal del Puerto y el casco urbano. El día 17, el general inglés despachó un edecán con bandera blanca, que cuando se aproximaba hacia el Morro, se le hicieron señales para que regresase, pues no se quería saber nada de capitulación. El día 19, se apoderaban de «La Ciudad de Santa María del rosario del Condado de Casabayona, y la saquearon sin embargo de la Combocatoria q.^{ta} hicieron a los vecinos por un Edicto fixado en nombre del Rey de la gran Bretaña» (34).

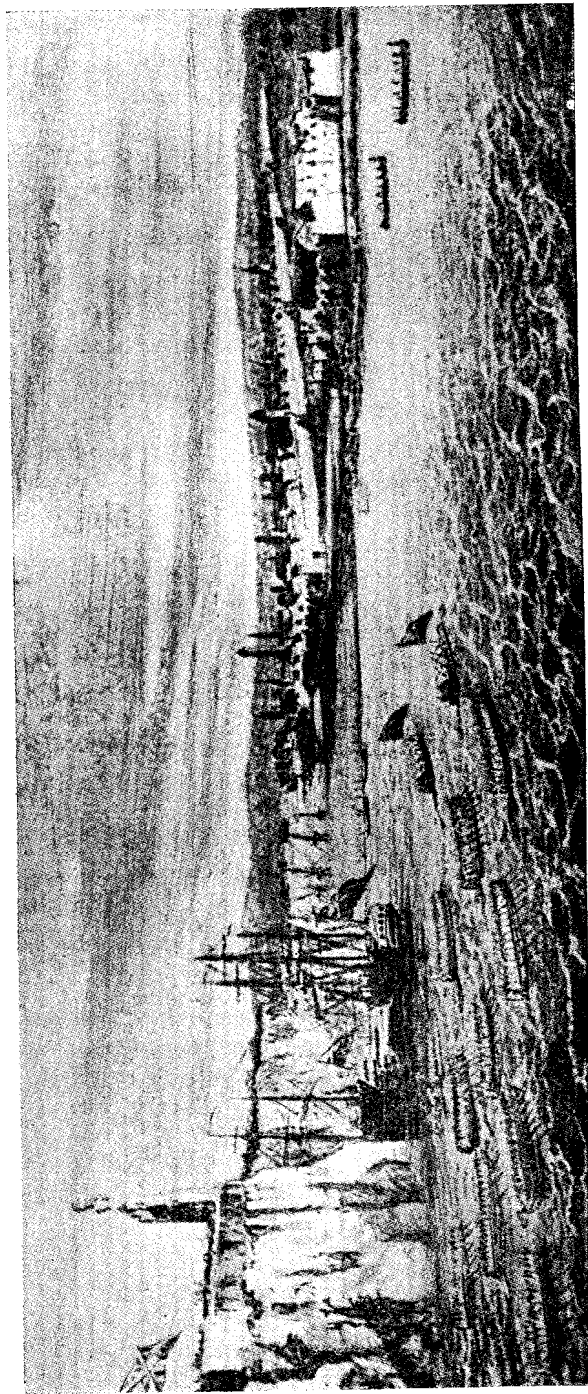
Mientras tanto, el coronel del regimiento de Edimburgo, Caro, pudo reunir una fuerza de voluntarios campesinos y guajiros, que desde el interior de la isla habían acudido para defender la capital. Este pequeño ejército sin apenas instrucción, pero dotados de alta moral y con gran valor, recibió el nombre de «Lanzeros de Santiago de Cuba» (35); algunas de sus compañías, formadas por morenos, se arrojaron con indecible arrojo sobre los ingleses que ocupaban el Camino Cubierto «con sable en mano y bolbieron con 7 prisioneros, entre ellos un Sargento de Bombarderos» (36). Incluso pasaron a las «planchas» o baterías flotantes dotadas con cañones de á 12 y 16, con las que consiguieron molestar a los enemigos. Algunos de los navíos españoles que no llegaron a ser hundidos, en-

(33) «Relación de la acción de la Esquadra de S. M. B.»; docum. cit. v. ref. (24); cit. folio 12.

(34) Idem, idem.

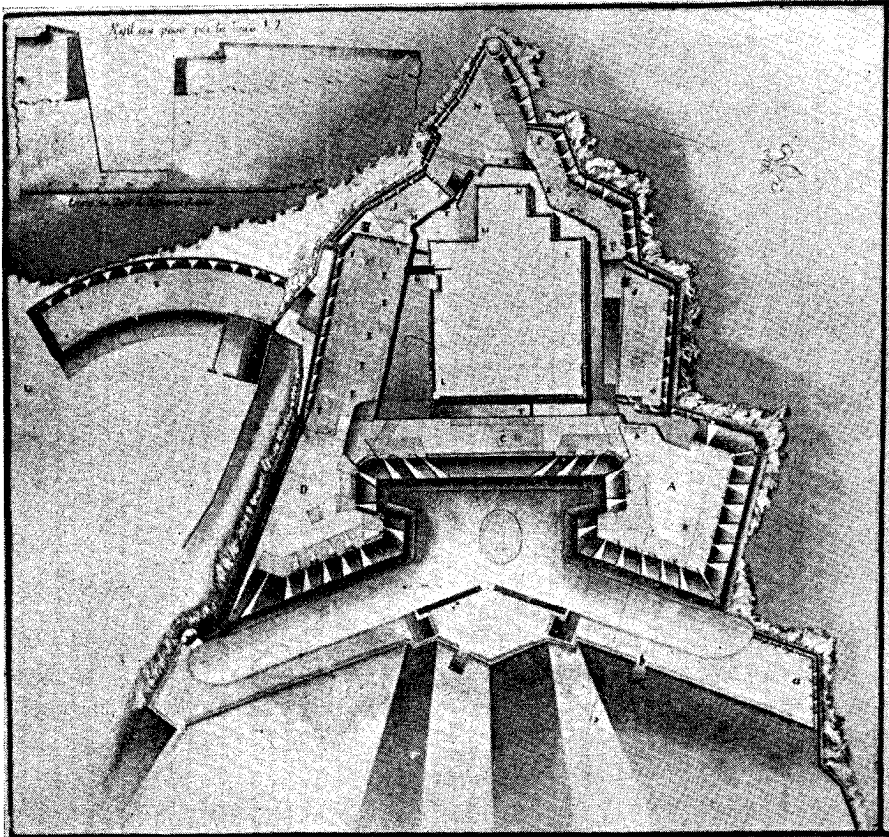
(35) El regimiento Lanceros de Santiago de Cuba, era un grupo pintoresco, donde se mezclaban los mulátos e isleños sin más traje, muchos de ellos, que un camisón y calzones, ni más armas que chuzos y machete. Cit. de ALCÁZAR MOLINA. C.: Obr. cit. v. ref. (18); pág. 177.

(36) «Relación...»; docum. cit. v. ref. (24); cit. folio 13.



CONQUISTA DE LA HABANA POR LOS INGLESES

El navío almirante «NAMUR» de 90 cañones, del mando de Pocockt, penetra en la bahía. El Castillo del Morro, rota su gloriosa resistencia, luce la bandera inglesa, lanchas de desembarco repletas de soldados se dirigen hacia la Capital, es el día 13 de agosto de 1762. Cuba permanecería en poder de Inglaterra hasta el 7 de julio de 1763, en en que fue recuperada políticamente por el Tratado de París, 10 de febrero de 1763.



PLANO DEL CASTILLO DEL MORRO, DE LA HABANA

Se trata del proyecto de restauración de fines de 1763, con las nuevas obras de refuerzo para suplir sus deficiencias técnicas y reponer los destrozos que causaron los ingleses en el Sitio de 13 de junio a 13 de julio de 1762.

(Arch. de planos, Serv. Hist. Mil. Madrid; signaturas: K-b-10-18).

tre ellos, el «San Jenaro», «San Antonio» y el «Aquilón», se apostaron frente al muelle de la Caballería para batir en lo posible a la Cabaña.

LA DEFENSA DEL CASTILLO DEL MORRO (13 DE JUNIO A 13 DE JULIO)

Duramente sitiada la ciudad, el general Albermarle intenta la conquista del Morro, principal sostén defensivo de La Habana. Desde el día 13 de junio, el comodoro Keppel batía con relativa facilidad el castillo, donde su defensor el capitán don Luis de Velasco mantenía una admirable resistencia, mientras reclamaba al gobernador procediese a realizar una salida que destruyese los trabajos de mina del enemigo y rompiesen sus formaciones dispuestas para el asalto:

«El día 29, al ser de día se hizo una Salida de la Plaza al mando del Coronel d.ⁿ Alexandro Arroyo, la q.^o marchó p.^r enfrente del Castillo, y atacaron a los Enemigos en sus Trincheras, y la otra mitad que devia marchar p.^r la derecha del primero, no le permitió la irregularidad del Terreno y la subida fragosa, montar á tiempo á lo alto de la Montaña; retardó con esto su abanze, p.^r cuyo motivo el primer cuerpo llegó mucho antes á las Trincheras, y logró q.^o las abandonar los Enemigos; pero examinando estos q.^o los atacantes eran pocos, y el segundo cuerpo tardaría toavía en unirseles, aprovecharon esta desunión, y cargando con tezon á los pocos q.^o se hallaban posesionados de las Baterias, los obligaron á una violenta retirada sin q.^o se lograra el fin de Clavar la Artillería, y Morteros. El núm.^o de la Tropa q.^o componía la Salida era de 300 hombres...» (37).

Fracasado el intento de auxilio, debía entenderse que el castillo del Morro quedaba aislado a su infortunio. El día 1 de julio, sobre las diez de la mañana, se aproximaban al Morro tres navíos de la escuadra enemiga vomitando terrible fuego; resultaron ser la nave almirante de Pocztk —de 90 cañones—, y dos pesados de 70; «lo batieron con el mas activo fuego que pueda imaginarse estrechandolo al mismo tiempo con las Baterias de Cañones, y Morteros de la parte de Tierra: no es decible el fuego q.^o aun mismo tiempo sufrió p.^r ambos lados, ni el valor de los defensores, pare-

(37) «Relación...»; docum. cit. v. ref. (24); cit. folios 23 y 24.

ciéndoles maior gloria morir en medio de tan enfurecido bolcan, q.º vivir para triunfar...» (38).

Dentro del castillo, el capitán Velasco con sus hombres comenzaba una de las más gloriosas defensas que registra la historia de Ultramar. Sometido el Morro al duro castigo artillero, los baluartes y las cortinas comenzaron a resentirse, saltando los sillares que entierran entre las ruinas, soldados y cañones (39). Pero Velasco resistió la acometida, y del duelo salió mal librado el almirante Pocotk, pues su navio hubieron de remolcarlo seriamente averiado, veinte lanchas remolcadoras que acudieron con urgencia a salvarle. Desde el día 1 al 13, el castillo quedó sometido al constante cañoneo cada vez en mayores proporciones, en tanto que se producen voladuras y son continuos los intentos de asalto.

El día 15, el capitán Velasco gravemente enfermo, acude a las cortinas y entre las ruinas, dirige la defensa, animando con su presencia al heroico comportamiento de sus hombres; pero resultó herido y aún en contra de su voluntad fue relevado por el también capitán de navio don Francisco Medina, y conducido en medio de grandes dificultades a la plaza. Nueve días más tarde, el 24, sintiéndose con algún alivio de sus heridas, pidió con vehemencia al gobernador Prado Portocarrero, le permitiese volver al Morro, súplica a la que no pudo negarse, impresionado por tan admirable comportamiento :

«El 24 á las 6 de la tarde pasó d.º Luis de Velasco al Castillo del Morro á relevar al Capitán d.º Franc.º Medina; Fue acompañado del Marq.º Gonzales, Capitán de Navio, y esta noche hicieron su fuego acostumbrado a los Enemigos de las Trincheras con Granadas y Fusiles...» (40).

El castillo del Morro resistía, y con su ejemplo se acrecentaba la moral de los que en La Habana seguían con angustia el desarrollo de los acontecimientos. Los ingleses consiguen echar a pique la fragata «Perla» el día 26; y el 27, se apoderaban de la Loma de la

(38) Idem; cit. folio 26.

(39) Dice la «Relación» que «en este mismo día empezaron los Padres Belenistas a preparar moldes para fundir tres Morteros de bronce q.º consiguieron sacar sin pérdida ninguna en su fundición p.º que de alg.º modo pudieran subirse al Castillo p.º reforzar su artiller.º...»; cit. folio 2.

(40) «Relación...»; v. ref. (24); cit. folio 39.

Luz, cortando toda comunicación con la plaza. El 29, se registra la llegada de nuevos refuerzos para los enemigos, procedentes de Nueva York (41).

El día 30 de julio «entre la una y dos de la tarde, teniendo formado su ejercito en tres Cuerpos, cada uno en dos Columnas al parecer de 500 hombres, vigorizado su fuego de Artill.^a, bombas, Granadas, y fusilería, bolaron la mina y dieron el Asalto...» (42). Fue el ataque definitivo. Así cayó el castillo del Morro, sin pérdida del honor, ganando impercedera gloria para la Historia de España y sirviendo de ejemplo a los hombres que en aquella guerra custodiaban los dilatados dominios de Ultramar, y en definitiva legando un preciado testimonio de clara virtud militar.

Había perecido durante el sitio, la mayor parte de los granaderos de los regimientos España y Aragón; los soldados de la Real Artillería y compañías enteras de Milicias. Cayeron igualmente cubiertos de gloria los de Marina y el «capit.ⁿ de Nabio Marqu.^a Gonzalez q.^o se había presentado Volunt.^o para acompañar al capit.ⁿ Velasco el día 24...»

El capitán Velasco tuvo una actuación admirable, luchó en todo momento con enorme valor, y cuando intentaba detener el último asalto saliendo con sus hombres a luchar cuerpo a cuerpo, un bala de fusil le hirió en el pecho cayendo a tierra, regando con su sangre el suelo que con tanta firmeza estaba defendiendo. Sus soldados se lo llevaron arrastrando hasta la bóveda del Cuerpo de Guardia; el héroe en su delirio continúa dando órdenes para prolongar la resistencia a toda costa. Pero ya los ingleses, conducidos por el Comodoro Keppel se habían apoderado del castillo y penetran en la Plaza de Armas cubierta de cadáveres. Quiso Keppel conocer personalmente a quien defendió con tanto valor el Morro, y entrando en el Cuerpo de Guardia se encontró tendido en el suelo, mortalmente herido, al héroe español. Emocionado el jefe inglés se arrodilló para abrazarle, mientras Velasco en su agonía daba su última orden: «que me suceda quien no tema a la muerte». Keppel, perplejo, queriendo ofrecerle una prueba de su profunda admiración y respeto, dispuso que su cuerpo fuese llevado por los soldados que habían quedado en el Morro, a La Habana. Y mientras aquellos titanes

(41) ALCÁZAR MOLINA, C.: Obr. cit. v. ref. (15); cit. pág. 178.

(42) «Relación...»: v. ref. (24); cit. folio 41.

se llevaban a hombros a su capitán, la bandera inglesa era izada en el castillo, pero lentamente, en prueba de homenaje al héroe del Morro.

Aún duró la resistencia en la capital hasta el día 11 de agosto, en que se pediría la capitulación. La ciudad se entregó el 12, pero los ingleses no hicieron la entrada hasta el 13. La capitulación concedida por el general Albermarle fue altamente honrosa, como correspondía a tan brillante página de heroica resistencia. Toda la guarnición, con sus banderas y armas, a la que se le concedió honores militares, salió de La Habana para ser reembarcada camino de España.

Los ingleses fueron dueños de la capital y de toda la isla, desde el citado día 12 de agosto hasta el 7 de julio de 1763. Durante este tiempo, Cuba permaneció dividida en los bandos característicos de todo país conquistado. Por fin, la Paz de París de 10 de febrero de 1763, nos proporcionaba su recuperación, pero fue a costa de la Florida, con sus hermosos puertos de Pensacola y los territorios orientales del Missisipi, con lo que Inglaterra aseguraba el dominio en el área septentrional del Caribe. Para los hombres de la Corona en los restantes territorios del Caribe, sorprendidos por los acontecimientos, todo aquello significaba nuevos motivos de guerra. La nueva fase de la guerra no tardaría en aparecer; por de pronto ya se señalaban dos claros objetivos: Pensacola y las Bahamas, cuyo estudio merece por su importancia nuevos trabajos, que podrán ver la luz en las páginas de esta REVISTA.